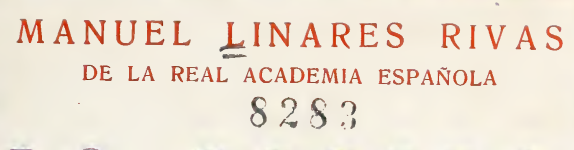


MANUEL LINARES RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LO PASADO

O CONCLUÍDO O GUARDADO

COMEDIA EN DOS ACTOS



HISPANIA

CID, 4. MADRID

LO PASADO
O CONCLUÍDO O GUARDADO

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.

MANUEL LINARES RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LO PASADO
O CONCLUÍDO O GUARDADO

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL REY ALFONSO
EL 21 DE ABRIL DE 1922



BIBLIOTECA HISPANIA

CID, 4.—MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARITA VILLAHERMOSO.......	Hortensia Gelabert..
TRINIDAD......	Nieves Suárez.
TRÁNSITO....	Virginia Alverá.
JUANA.	Mercedes Prendes.
MARÍA.........................	Carmen Armenta.
JUANÍN PACHECO, MARQUÉS DE ALBASCLARAS	Emilio Thuillier.
HIPÓLITO	Salvador Mora.
CAITO MATERA.................	Julio Villarreal.
LORENZO.	Juan Aguado,
BENITO..................	Juan Román.

Derecha e izquierda la del actor.—Época actual.

ACTO PRIMERO

Decoración: Una salita en una casa de campo en Hernani, por el verano.

ESCENA PRIMERA

JUANA, doncella—se sobreentiende de labor—, está sentada leyendo un periódico.

JUANA.—"Un cadáver en el caserío de Iparrondo. Ayer mañana apareció un hombre como de unos cuarenta años colgado de una cuerda en un árbol. Créese que se trata de un suicidio." ¡Válgame Dios! No se leen más que calamidades. "Una bomba en Barcelona. Resultaron despedazados dos hombres y herida gravemente una mujer." ¡Válgame el cielo! Para un ratito que una quiere descansar y distraerse, le ponen a una la carne de gallina con estos horrores... "El aviador Benoit. El conocido aviador Benoit, uno

de los "ases" del espacio, ha contraído ayer matrimonio con la bella señorita Luz de Aguirre..." ¡Menos mal! Lo de éste no es tan horrible. "Un misterio. El sábado aparecieron a la orilla del Pisuerga, cerca de Valladolid, las ropas de un hombre. Como esto coincide con la desaparición del vecino don Lucas del Álamo, têmese que se trate de un suicidio..." ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Ya estoy con la imaginación tan excitada, que no veo más que crímenes y desgracias! Debía prohibirse que pusieran estas cosas en los papeles.

ESCENA II

JUANA; MARÍA, por derecha.

MARÍA.—Juana... ¡Juana!

JUANA.—*(Asustándose.)*—¿Qué?

MARÍA.—La sombrilla, el sombrero y los guantes de la señorita.

JUANA.—¡Se ha suicidado!

MARÍA.—¿Quién?

JUANA.—¡La señorita!

MARÍA.—¡Qué disparate!

JUANA.—¿Cómo habéis encontrado esas cosas?

MARÍA.—No las encontré. Me las entregó ella misma, que se ha quedado un momento dándole unas órdenes al jardinero.

JUANA.—¡Me alegro, porque es muy buena!

MARÍA.—Pero ¡qué ideas se te ocurren!

JUANA.—Es lo que una lee.

MARÍA.—Pues si no leyeras, que ésta es hora de trabajar...

JUANA.—No, María, no. De eso no es hora nunca.

MARÍA.—No hay más remedio.

JUANA.—Esa es la razón, ésa. ¡Ay, si yo fuera rica!

MARÍA.—¿Qué harías?

JUANA.—Lo primero, estarme en la cama quince días..., y después me acostaba otro poco... ¡Tendría camas en todas las habitaciones!

MARÍA.—Muy bien.

JUANA.—Y en el jardín pondría divanes, y sofás, y mecedoras...

MARÍA.—¡Muy bien!

JUANA.—Debe ser delicioso el descansar..., sobre todo viendo que trabajan otros.

MARÍA.—¡Delicioso! *(Advirtiéndola.)* La señorita.

ESCENA III

DICHAS. CARITA, por derecha.

CARITA.—¿Qué hacéis?

MARÍA.—Vine a entregarle estas cosas de usted.

CARITA.—Bueno. *(A María.)* Llévatelas, y si el señor Marqués está levantado, dile que le espero.

JUANA.—Creo que sí señora... *(Mutis por izquierda.)*

CARITA.—Y tú cuídate un poco de las flores para la mesa.

MARÍA.—Ayer fué que no me las dieron.

CARITA.—Pues pídelas, pero que no falten.

MARÍA.—No faltarán, no señora.

(Entra Trinidad, y María mutis por derecha, después de dejarla pasar.)

ESCENA IV

CARITA; TRINIDAD, por derecha.

TRINIDAD.—Buenos días, Carita.

CARITA.—¡Hola, Trinidad! ¿Y Tomás?

TRINIDAD.—Bien. Pero ¿qué es de vosotros? Hace una semana que os eclipsasteis.

CARITA.—Metidos en casa.

TRINIDAD.—¿Y eso? ¿Ha recaído Lorenzo?

CARITA.—No estaba enfermo.

TRINIDAD.—Digo en el amor.

CARITA.—¡No! No tuvo esa recaída que supones tan amablemente.

TRINIDAD.—Estaría muy justificada.

CARITA.—Gracias... Pero mi marido no es de tu opinión. Por lo menos, no lo es con exageraciones.

TRINIDAD.—Mejor..., y felicítate por ello.

CARITA.—Ya sé la teoría. El no adorarse nunca, permite el quererse siempre, y los que son muy fogosos, como los que andan a saltos, hacen mucho camino en poco tiempo... pero generalmente se acaban ellos antes que el camino.

TRINIDAD.—Eso dicen.

CARITA.—Y a los que llevamos la jornada larga del matrimonio no nos conviene ese procedimiento.

TRINIDAD.—Tu marido, ¿es fogoso?

CARITA.—Ex fogoso.

TRINIDAD.—¡Ah!... ¿Estáis en desengaños?

CARITA.—No...

TRINIDAD.—¿En frialdades?

CARITA.—Tampoco. Pero enterada ya de que en

amores el error de los hombres es la ilusión, y el error de las mujeres es la confianza. Para la vida de casados, para la intimidad permanente, no es bueno que ellos nos divinicen, porque ven demasiado pronto que no somos divinas..., y no es bueno que nosotras nos confiemos en su constancia, porque en todo matrimonio, para el marido, hay un enemigo horrendo, implacable e inseparable: el hartazgo.

TRINIDAD.—¡Carita!

CARITA.—Y, desgraciadamente, en la mesa conyugal no falta el plato: falta el apetito.

TRINIDAD.—Esa es la razón de comer de fonda.

CARITA.—Esa. De fonda..., y a veces de figón.

TRINIDAD.—Mal negocio.

CARITA.—Malo. La felicidad a todas horas suele traer muchas horas de aburrimiento.

TRINIDAD.—¡Muchas!

CARITA.—Por tu suerte, aun no sabes de eso. ¿Qué llevas de casada?

TRINIDAD.—Seis meses.

CARITA.—En pleno idilio. ¡Qué hermosura!

TRINIDAD.—Tomás tiene también la obsesión del pleno..., pero es en la ruleta.

CARITA.—Y en casa. Estáis en el amanecer.

TRINIDAD.—No lo creas. Seis meses de casada; es cierto... Pero ¡diez años de novia! ¡Y hay que ver lo que duran diez siglos aguardando a que el señor novio se decida! Que para enero será la boda...; en enero, que para octubre...; en octubre, que para abril... ¡Ay, Carita! ¡En esos diez años me casé más veces! Tantas, que al llegar a los últimos años me creía ya viuda...

CARITA.—Al fin lo realizaste, y muy a gusto.

TRINIDAD.—Es verdad. Pero, a fuerza de esperarla, vino ya tan retrasada, tan manoseada y tan regateada, que apenas si me causó ilusión el recibirla, y cuando al salir de la iglesia me dijo Tomás amorosamente: "Mi felicidad está en ti, Trini...", yo no pude menos de contestarle: "Tu felicidad está en mí, cierto; pero la mía está en el balcón. La he puesto al aire para que no se apolillase..."

CARITA.—No hay que pensar ya en eso, Trinidad. Lo pasado, pasado.

TRINIDAD.—Conformes... Pero ¿cómo se evita el que vuelvan por la imaginación los recuerdos? Y cuando vienen sin que nadie los llame y porque les da a ellos la gana de venir, ¿cómo se evita el mal efecto que nos causan?

CARITA.—Eso es cuestión de prudencia.

TRINIDAD.—Para no manifestarlo, sí; para ahuyentarlos no bastan todas las prudencias juntas. Te lo confieso, Carita. Tomás y yo nos besamos muchas veces..., lo que es natural; pero ¡alguna vez le mordería muy a gusto...!, lo que también es natural.

CARITA.—Pues no lo hagas, no sólo porque estaría mal hecho de tu parte, sino para que no lo aprenda él.

TRINIDAD.—Aunque lo aprendiera no habría peligro. Me quiere mucho, y es incapaz de hacerme daño.

CARITA.—¿No te hace mal nunca?

TRINIDAD.—¡Nunca!

CARITA.—Entonces, es que te equivocas tú y que él no te quiere mucho. Al amor grande le parece siempre que no es gran amor si goza y se confía..., y los hombres son tan locos, que no le llaman amor sino al amor que sufre y se atormenta.

TRINIDAD.—¿Y las mujeres?

CARITA.—Nosotras..., ¡nosotras somos tan torpes, que casi siempre confundimos la gratitud con el amor, y en ellos confundimos el amor con el deseo!

TRINIDAD.—¡Cualquiera diría que tú no eres feliz!

CARITA.—Pues si lo diría cualquiera, no te prives de decirlo tú.

TRINIDAD.—¿No lo eres?

CARITA.—No.

TRINIDAD.—¿Por qué?

CARITA.—Por... por cosas.

TRINIDAD.—¿De tu marido?

CARITA.—Quizás.

TRINIDAD.—Entonces..., la venida de tu hermano y de tu padrino el Marqués de Albasclaras, ¿no es casual?

CARITA.—Quizás...

TRINIDAD.—Y el encerrarte en casa, ¿es por falta de humor por salir?

CARITA.—Quizás...

TRINIDAD.—Todo es quizás. ¿No hay nada seguro?

CARITA.—Sí. El desearte vivamente que no pienses jamás en lo pasado.

TRINIDAD.—¿Es un consejo de experiencia?

CARITA.—Sí.

TRINIDAD.—¿Por algo que a ti te mortifica o te desazona?

CARITA.—Sí.

TRINIDAD.—¿Y que no puedo evitarte?

CARITA.—No.

TRINIDAD.—Lo siento muy de veras. Venía a buscarte para que saliéramos juntas por la tarde...

CARITA.—Dispénsame...

TRINIDAD.—Ya no insisto. Y consejo por consejo, oye, Carita: arregla esas cuentas pasadas, pero como quien arregla lo que ya no sirve ni se usa, y sin preocuparte demasiado por que alguna se chafe o se arrugue...

CARITA.—No está mal...

TRINIDAD.—Y piensa únicamente, como dice Tomás cuando amanece refranero, que agua pasada no muele molino, lo que no fué en mi año no fué en mi daño, y camino andado lo mismo da ya con baches que bien empedrado.

CARITA.—Lo pensaré.

TRINIDAD.—*(Despidiéndose.)*—Y después de muy pensado y muy resuelto, cuando en la pelea con tu marido se te acaben los argumentos... dale un buen abrazo.

CARITA.—¿Un abrazo?

TRINIDAD.—Sí. Eso a veces, es argumento también.

CARITA.—No lo espero.

TRINIDAD.—A mí suele darme buen resultado la receta. Prueba tú a ver.

CARITA.—¡No!

TRINIDAD.—Prueba, mujer, prueba... *(Mutis por derecha.)*

ESCENA V

CARITA; DON JUANÍN y LORENZO, por foro.

DON JUANÍN.—Ya dimos un paseo por la huerta. Tu marido fué tan amable que me sirvió de cicerone.

LORENZO.—De acompañante nada más, Marqués.

DON JUANÍN.—Y enseñándome todo lo que había. El garaje, el gallinero...; por cierto que las gallinas de aquí se parecen bastante a las de todos los lados...

CARITA.—¡Claro!

DON JUANÍN.—Lo hago notar para que veáis que me fijo. Después me enseñó los perales, los manzanos, los guindos...; por cierto que los guindos y los manzanos de aquí...

CARITA.—¿Se parecen a los de todos los lados?

Don Juanín.—Sí. También tú eres observadora.

Lorenzo.—Por sabido. Todo es igual a todo y la única diferencia está en quien lo mira.

Don Juanín.—Es verdad. El tronco más o menos grande y las hojas más ralas o más frondosas; pero todos los árboles vienen a ser lo mismo. ¡Y, sin embargo qué distintos son! El caminante ve su descanso y la sombra que ha de cobijarle un momento del sol o de la lluvia; el propietario ve su cosecha y su negocio; el poeta ve una tradición; los chiquillos ven la fruta que han de rapiñar a escondidas... y Adán y Eva ya recordaréis todo lo que vieron en su manzano.

Lorenzo.—¡Milagro hubiera sido que su romanticismo no concluyera en una picardía!

Don Juanín.—Porque es lo clásico. Como acabar las tartas con una columnata de caramelo y un angelote repintado, o acabar los discursos con un canto a la libertad. Y ya sabemos perfectamente que la libertad no ha de venir y que el angelote no se puede comer.

Lorenzo.—Entonces estuvo muy bien todo lo que usted ha dicho. ¿Quiere usted leer los periódicos mientras despacho el correo?

DON JUANÍN.—Con mucho gusto.

(Carita le hace señas de que no.)

LORENZO.—Pues vamos.

DON JUANÍN.—En plural, no. Con mucho gusto que vayas tú solo, porque una de mis distracciones favoritas es no leer los papeles. No cuentan más que desdichas..., y yo he decidido no sufrir durante el verano.

LORENZO.—Buena idea. Hasta ahora. *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA VI

CARITA y DON JUANÍN.

CARITA.—¿Ya me perdona usted, Don Juanín, el haberle hecho venir?

DON JUANÍN.—No es ninguna calamidad el pasarme ocho días en tu casa, bien atendido y bien regalado; pero además tengo un poco de obligación, que para algo soy tu padrino, y sobre todo, para algo te quiero entrañablemente.

CARITA.—En eso confiaba... pero me detenía el privarle de sus gustos y de sus diversiones.

Don Juanín.—De nada. Precisamente ahora andábamos Caíto y yo corriendo en el automóvil sin rumbo fijo.

Carita.—¿Caíto Matera?

Don Juanín.—Sí. Un sobrino segundo que se ha declarado sobrino primero para ayudarme a divertirse.

Carita.—Ya sé quién es. ¡Muy simpático!

Don Juanín.—Mucho. Por cierto que al emprender esta excursión me dió quinientas pesetas para que se las guardara... y hasta la fecha me lleva comidas tres mil y pico a cuenta de esas quinientas.

Carita.—No está mal del todo.

Don Juanín.—Regular. Y anoche, al dejarme aquí, suplicándome que le permitiera llevarse el auto para ir en una escapada a Fuenterrabía, en donde tiene una amiguita del corazón...; ¡bueno, para ese toda España es Fuenterrabía, ¡¡y todas las amigas son del corazón!!

Carita.—Cosas de chicos.

Don Juanín.—A veces acaban en eso, sí. Pues anoche me pidió otras mil pesetas, y además me dijo que hiciera el favor de seguir guardándole sus quinientas, que por ahora no las necesitaba.

CARITA.—Así le van a durar mucho.

DON JUANÍN.—¡Mucho!

CARITA.—La cuestión es saber si dura usted...

DON JUANÍN.—Gruño... pero me dejo saquear. Lo malo de su gratísima compañía es que me pervierte a mí también.

CARITA.—¡Don Juanín!

DON JUANÍN.—No pienses que con exceso, no; un par de veces al mes. Cumplo quincenas como los blasfemos.

CARITA.—Ya ve usted si le privo de sus diversiones.

DON JUANÍN.—De nada en absoluto. Ahora estoy en los catorce días de sensatez, de formalidad y de agua de Mondariz. Pero vamos a tu pleito. ¿Qué ocurre?

CARITA.—Cosas muy pequeñas... que van a traer un disgusto muy grande. He llamado primero a mi hermano, a Hipólito, pero ese me complica más la situación.

DON JUANÍN.—La tomó por la tremenda, ¿verdad?

CARITA.—Por la tremenda. ¡Que en cuanto Lorenzo me diga una palabra fuera de tono le echa

las manos al cuello!, y como mi marido es muy sobrado para responderle, ya estoy yo temblando por lo que pueda suceder entre los dos. Llamé a Hipólito para que me defendiera, y ahora es a mi defensor a quien le tengo miedo.

Don Juanín.—Muy noblote y muy cariñoso, pero en seguida lo atropella todo.

Carita.—Y ya fué inevitable la presencia de usted.

Don Juanín.—Pues aquí estoy. ¿Qué pasa con ese marido? ¿Te da malos tratos? ¿Es celoso... o chinchorrero? ¿Tiene negocios que lo arruinen? ¿Tiene algo... algo en Fuenterrabía? ¿Bebe? ¿Juega? ¡Entonces es un santo!

Carita.—*(Que a cada pregunta fué negando resueltamente.)*—Hemos vivido dos años sin una contrariedad... ¡felices!, pero un día, por si tardaba o no tardaba en arreglarme para salir, me dijo de pronto: "Eugenia no me hizo esperar nunca..."

Don Juanín.—¿Qué Eugenia?

Carita.—La primera mujer de Lorenzo.

Don Juanín.—¡¡Ah...!! ¡¡Caray con Lorenzo!! ¡¡Al diablo se le ocurre tocar a misa por la tarde!!

Carita.—Quedé tan desconcertada, que no supe ni responderle. No me sirvió de nada la prudencia,

y desde ese día, todo lo que digo lo decía mejor Eugenia; todo lo que hago lo hacía mejor Eugenia..., ¡¡y ya estoy de Eugenia hasta la coronilla, por arriba, y hasta los tacones, por abajo!!

DON JUANÍN.—¿Tan persistente es la manía?

CARITA.—En Madrid aun se recata un poco, pero en viniendo al campo, con la vecindad de Doña Tránsito y de Benito, sus antiguos cuñados, que le pinchan y le azuzan, todo sirve de buen pretexto para mortificarme. Una silla que mueva, unos paños que compre, una flores que arregle..., y ya está diciendo Tránsito inmediatamente: "¿Te acuerdas qué disposición la de aquélla para la casa?, ¡qué primor para poner una mesa!, ¡qué gusto el suyo para elegir las telas...!"; y espero a tener un resfriado para oírle decir, con los ojos en éxtasis y la voz enternecida: ¿Te acuerdas, Lorenzo, cómo estornudaba la pobre Eugenia?

DON JUANÍN.—Algo exagerarás, pero ya veo tu estado de ánimo.

CARITA.—Ahora han tenido los cuñaditos la idea feliz de regalarle una miniatura de Eugenia..., y a Lorenzo no se le ocurrió cosa mejor que mandar hacer una ampliación para colocarla en la sala. ¡Y yo

digo que el retrato no se cuelga! ¡Y Lorenzo dice que el retrato se cuelga! ¡¡Y yo digo que el retrato no se cuelga!! ¡¡Y Lorenzo dice que el retrato se cuelga y, además, que me cuelga a mí!!

DON JUANÍN.—Menos mal que es en el sitio de honor...

CARITA.—Yo no fuí nunca extremada ni puntillosa en esa materia, respetando un pasado sobre el que no tengo derecho a protestar.

DON JUANÍN.—Ni tú ni nadie. Lo pasado, pasado.

CARITA.—Perfectamente. Pero después de cinco años de muerta la otra y de dos años de matrimonio conmigo, colocar ahora un retrato nuevo en la sala, que es lo mismo que colocármelo en las narices, no me da la gana... ¡No me da la gana! ¡¡Y no me da la gana!!

DON JUANÍN.—Comprendido: que no te da la gana.

CARITA.—Eso es. ¿No estoy en lo justo? ¿No es una ofensa para mí tal predilección y tal amor por la otra?

DON JUANÍN.—¿Qué te voy a decir yo, criatura? ¡A mí no me cabe en la cabeza que un marido se la pegue a su mujer con el retrato de una difunta!

CARITA.—¡Ojalá fuera con una persona viva!

Don Juanín.—No..., ¡eso no! Los muertos no pueden valerse, y cuando queremos arrinconarlos, arrinconados se quedan los pobrecitos. No te niego que sea muy desagradable la pelea con una sombra, pero es de mucha más trascendencia la pelea con quien vive. Créeme a mí, créeme.

Carita.—¿Tanto mérito tuvo la otra para que en todo me pospongan?

Don Juanín.—No lo sé, ni hace falta saberlo, porque en ella no valió la vida sino la muerte. Aun siendo igual que tú, o mejor, o peor, que éste no es el momento de aquilatarlo, ella no estuvo casada más que siete u ocho meses, no llevó al matrimonio más que las horas de ilusión, de felicidad...; y cuando iban a llegar las otras horas inevitables de los desencantos y de los pequeños egoísmos, voló del mundo. ¡¡Claro!! Ha dejado una estela radiante y luminosa. Tú le has traído después unas horas análogas de alegrías, pero ahora cometes la torpeza—en que Dios te haga perseverar—de seguir viviendo todavía. ¡¡Y claro también!!, va encontrando en ti defectillos y asperezas que en la otra no pudo llegar a ver.

CARITA.—¡¡No pretendería que me muriera al año!!

DON JUANÍN.—No lo sé..., ¡¡pero los hay muy ambiciosos!! Y realmente el programa era bonitísimo pudiendo incluírle varios números de tu importancia.

CARITA.—Pues que no cuente con ese programa por ahora. Y a ver cómo arreglamos estas malandanzas, Don Juanín. Va en ello la paz de mi casa, pero va también mi amor propio, porque me subleva el pensar que para un hombre valga más una memoria que una mujer de carne y hueso.

DON JUANÍN.—Y no preponderando el hueso...

CARITA.—Sin bromas. ¿Quiere usted aconsejarme?

DON JUANÍN.—Quiero.

CARITA.—¿Cuento con ello?

DON JUANÍN.—Cuenta.

CARITA.—Pues en usted confío.

DON JUANÍN.—Pero antes necesito cavilarlo un poco.

CARITA.—*(Advirtiéndole.)*—¡Vienen!

DON JUANÍN.—Lárgate.

CARITA.—¡Y cavile, Don Juanín, cavile! *(Mutis por izquierda.)*

DON JUANÍN.—Confía, Carita, confía.

ESCENA VII

DON JUANÍN; por foro, DOÑA TRÁNSITO y BENITO.

DOÑA TRÁNSITO.—Teníamos ya noticias de su feliz llegada, Marqués, y lo celebramos muy de veras.

BENITO.—Mucho.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Viene usted a pasar el resto del verano?

DON JUANÍN.—Vengo a echar el resto, sí, señora.

DOÑA TRÁNSITO.—Por lo visto se reune toda la familia.

DON JUANÍN.—Yo no sé más que de Hipólito.

DOÑA TRÁNSITO.—Y usted.

DON JUANÍN.—No, de mí no sé nada. Y las pocas veces que supe algo, he tenido que apresurarme a desmentirlo.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Tan malo era?

DON JUANÍN.—Informes de amigos. ¡Calcule usted si levantarán roncha! Yo tengo, entre otros varios, tres íntimos: uno, siempre me critica; otro, siempre me alaba, y el otro siempre dice de mí la verdad exacta... ¡¡Y no sé cuál de los tres me causa más perjuicio!!

Doña Tránsito.—Según lo que usted haga.

Don Juanín.—Lo de todos: cosas buenas y cosas malas. Y en lo fundamental no agravié nunca a nadie, no fuí roñoso nunca con mi dinero y no falté jamás a mi palabra. Eso con los hombres; y con las mujeres, no creo haber quedado en ridículo más veces que otro cualquiera... ¡Lo que ya es bastante quedar!

Doña Tránsito.—Es usted modesto.

Don Juanín.—Pues pongamos unas cuantas veces más.

Benito.—No hace falta el añadido, que mi hermana se refería exclusivamente a la parvedad de usted para su propio elogio.

Doña Tránsito.—Así era.

Don Juanín.—Muchas gracias, Tránsito.

ESCENA VIII

Dichos. Hipólito, por foro.

Benito.—¿Aun amanece usted ahora, Hipólito?

Hipólito.—No, señor. Traigo ya en el cuerpo diez kilómetros monte arriba.

BENITO.—Pues si usted no le teme a las caminatas, podríamos organizar algunas excursiones preciosas. ¿Querrá venir el Marqués?

HIPÓLITO.—Quizás.

BENITO.—Marqués..., ¿le gusta a usted el monte?

DON JUANÍN.—No. El Bacarrat.

BENITO.—Hablamos del monte verdadero, con sus rocas y sus jaras...

DON JUANÍN.—Ese menos todavía.

HIPÓLITO.—Es para ir a ver unos paisajes encantadores.

DON JUANÍN.—Yo soy del país.

HIPÓLITO.—Eso no quita para admirarlos.

DON JUANÍN.—Quita, quita. Con los paisajes ocurre lo que con las mujeres casadas, que gustan más a los extraños y a los forasteros.

BENITO.—Pues renunciamos a traquetearle.

ESCENA IX

DICHOS. CARITA y LORENZO, por izquierda.

LORENZO.—¿Hace mucho que estáis?

DOÑA TRÁNSITO.—Minutos. Y no tenemos prisa ninguna.

BENITO.—A Carita la saludamos ya esta mañana, al salir de la iglesia.

DOÑA TRÁNSITO.—Al salir nosotros, eh.

BENITO.—Esta creo que iba de compras o de modistas.

CARITA.—De compras.

DOÑA TRÁNSITO.—Nosotros fuimos a cumplir el santo deber de oír una misa en el aniversario de la pobre Eugenia.

LORENZO.—Te equivocas. La desgracia fué el 31 de...

DOÑA TRÁNSITO.—Hoy es aniversario de vuestras relaciones. Tal día como éste, Lorenzo, en casa de mis padres, que daban una pequeña fiesta, os pusisteis en amores. ¿No lo recordabas?

LORENZO.—Como si fuera hoy mismo. ¡¡La estoy viendo con un trajecito azul marino y un gran sombrero con lazos rosa!!

DOÑA TRÁNSITO.—Exacto.

CARITA.—*(Aparte a Don Juanín.)*—El traje, azul; los lazos, rosa...; ¡¡pero usted dirá si no hay para ponerse amarillo!!

DON JUANÍN.—¡Y verde!

DOÑA TRÁNSITO.—Reconozcamos que tenía el don

maravilloso de armonizar los detalles, que a veces un sombrero mal entonado, una sombrilla chillona, echan a perder el traje más lindo... Y la cuestión difícil para las mujeres no está en elegir los vestidos.

DON JUANÍN.—¡Claro que no! Lo difícil es pagarlos.

DOÑA TRÁNSITO.—Aquí no ha existido semejante dificultad, que Lorenzo no regateó nunca el lujo de sus mujeres.

DON JUANÍN.—Habla usted de Lorenzo, sí; pero cualquiera diría que habla de Barba Azul.

LORENZO.—Se refieren a tiempos distintos.

CARITA.—¡Sólo faltaría!

DON JUANÍN.—*(Aparte a Carita.)*—Calma, calma...

CARITA.—*(Aparte, a Don Juanín.)*—¡Es que me ponen frenética!

DON JUANÍN.—Calma.

HIPÓLITO.—Serán los tiempos todo lo distintos que ustedes quieran, pero yo no veo la precisión de salir a estas horas con recuerdos inoportunos.

DON JUANÍN.—*(Aparte a Hipólito.)*—Calma...

DOÑA TRÁNSITO.—Eso le parecerá a usted, pero a nosotros, que adorábamos en aquella criatura, nos

parece muy natural el no olvidarla, y más aún en momentos tan señalados como éste.

BENITO.—¡¡Nos lo parece!! Ahora, si Lorenzo estima que es indiscreto el pronunciar en esta casa el nombre de nuestra hermana...

LORENZO.—¡Por Dios, Benito, no supongas de mí esa falta de consideración! El nombre de Eugenia se oirá siempre con cariño y con respeto.

CARITA.—*(Aparte a Don Juanín.)*—¡Yo no puedo más!

DON JUANÍN.—Calma...

CARITA.—¡Esto es intolerable!

DON JUANÍN.—Calma...

DOÑA TRÁNSITO.—Con esa conducta no haces más que cumplir tus deberes de caballero y honrar la memoria de quien fué una esposa modelo en todos sentidos..., ¡¡en todos!!; pero celebro que lo hayas dicho con tanta claridad.

BENITO.—La única digna de Lorenzo.

DOÑA TRÁNSITO.—Y sólo en esas condiciones podremos ver a gusto en esta casa el retrato de la pobre Eugenia.

BENITO.—Por cierto que ha resultado preciosísima la ampliación.

LORENZO.—¿De veras?

DOÑA TRÁNSITO.—Encantadora. Y de un parecido sorprendente.

LORENZO.—¿Cuándo la traen?

DOÑA TRÁNSITO.—Cuando quieras.

LORENZO.—Pues hoy.

DOÑA TRÁNSITO.—Hoy.

CARITA. — *(Levantándose.)* — Que lo traigan..., ¡¡pero el retrato no se cuelga!!

DON JUANÍN.—¡¡Carita!!...

LORENZO.—¡¡El retrato se cuelga!!

CARITA.—*(Indignada.)*—¡¡¡El retrato no se cuelga!!!

LORENZO.—*(Indignado.)*—¡¡¡El retrato se cuelga!!!

HIPÓLITO.—¡¡¡No se cuelga!!!

DOÑA TRÁNSITO.—*(Al tiempo de Benito.)*—¡¡¡Se cuelga!!!

BENITO.—*(Al tiempo de doña Tránsito.)*—¡¡¡Se cuelga!!!

DON JUANÍN.—Nos colgaremos todos, ya lo veréis.

DOÑA TRÁNSITO.—Sería una ofensa tal desaire.

LORENZO.—Ni hablar de ello. ¡Se pondrá!

CARITA.—Pues si ustedes mandan aquí, sobro yo. Y si no sobro yo, sobran ustedes.

DOÑA TRÁNSITO.—Nosotros, ahora mismo desaparecemos. *(Levantándose.)*

BENITO.—Ahora mismo.

LORENZO.—¡No! Siéntate..., ¡¡siéntate!!

CARITA.—Entonces soy yo la que desaparezco. *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA X

DICHOS, menos CARITA.

DON JUANÍN.—¡¡Muy bien!!

LORENZO.—¿Qué dices?

DON JUANÍN.—Que muy bien. Muy bien, Carita, muy bien tú, muy bien estos señores, muy bien nosotros... y muy bien el mobiliario. Es delicioso todo.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Usted aprueba su manera de contestar?

DON JUANÍN.— Lo apruebo todo... ¡¡todo!! Lo que ella responde, lo que ustedes dicen y lo que yo me callo. ¡Todo!

DOÑA TRÁNSITO.—Se conoce que la acostumbraron haciendo su capricho.

BENITO.—Pero nosotros no tenemos por qué aguantar esas impertinencias.

LORENZO.—Os suplico que le dispenséis un arranque de mal humor.

DOÑA TRÁNSITO.—Bueno es que lo digas tú siquiera.

LORENZO.—Y Carita os lo dirá también, que yo la persuadiré para que venga a disculparse.

DOÑA TRÁNSITO.—Y si no la persuades...

LORENZO.—Vendrá lo mismo.

BENITO.—Contra su voluntad no se lo agradeceremos.

LORENZO.—Eso es cuestión vuestra. La mía es hacerla venir... y vendrá. ¡¡Aunque sea a rastras, vendrá!!

HIPÓLITO.—Si tú la obligas, Lorenzo...

LORENZO.—¿Qué?

HIPÓLITO.—Si la obligas, yo te cruzo la cara a bastonazos.

DON JUANÍN.—*(A Hipólito.)*—Muy bien, Hipólito.

LORENZO.—Pues ahora mismo te daré la ocasión, que no estoy dispuesto a consentir que en mi casa mande nadie más que yo.

DON JUANÍN.—Bien, Lorenzo.

LORENZO.—¿Es que voy a tolerar que se me impongan en mis asuntos?

DON JUANÍN.—Claro que no.

HIPÓLITO.—¿Y voy a tolerar yo que martiricen a mi hermana?

DON JUANÍN.—Claro que no.

HIPÓLITO.—Pues entonces, vamos a ver lo que significan tus palabras, Lorenzo.

LORENZO.—Y vamos a ver hasta dónde llegan las tuyas, Hipólito. *(A Doña Tránsito.)* Hacedme el favor de aguardar un momento..., ¡¡que Carita baja inmediatamente!! *(Mutis izquierda.)*

ESCENA XI

DICHOS, menos LORENZO.

BENITO.—Tránsito... aguardaremos en otra habitación.

HIPÓLITO.—*(Amenazador.)*—¿Qué quiere usted decir con eso?

DON JUANÍN.—¡Hipólito...!

DOÑA TRÁNSITO.—Probablemente querrá decir que no le complacen, ni a mí tampoco, los caracteres demasiado violentos.

HIPÓLITO.—¡¡Señora!!

DON JUANÍN.—¿Le vas a pegar también a ella?

HIPÓLITO.—*(Rabioso.)*—¡¡A todos!!

DOÑA TRÁNSITO.—Sería una hazaña muy propia de usted... Vámonos, Benito. *(Mutis Doña Tránsito y Benito por izquierda.)*

ESCENA XII

JUANÍN e HIPÓLITO.

HIPÓLITO.—¡¡Hay para enredarse a bastonazos, hay!!

DON JUANÍN.—¿Y después?

HIPÓLITO.—Lo que salga.

DON JUANÍN.—¿Batirse? ¿Y después?

HIPÓLITO.—Al diablo todos.

DON JUANÍN.—¡Buen programa! Quizás matarse, desde luego pelearse, y seguramente quedar reñidos, cerrándote las puertas de esta casa.

HIPÓLITO.—Hasta ahora viví perfectamente sin ella.

DON JUANÍN.—¿Y a eso le llamas tú defender a la pobre Carita? No hay que precipitarse nunca, Hipólito.

HIPÓLITO.—¡Caramba con la sangre de chufas que tiene usted, Marqués! A usted le pegan una bofetada, y aun puede que no sea caso todavía de precipitarse.

DON JUANÍN.—Claro que no, hombre. El que se precipita es el otro.

HIPÓLITO.—Bueno. Cada cual con su genio.

DON JUANÍN.—Ahí está el error. Cuando se trata solamente de uno mismo..., ¡muy bien!, y pase lo que pase. Uno se lo busca, y uno se lo lleva. Pero cuando la intención es más generosa y se persigue noblemente la felicidad de otra persona, entonces hay que prescindir de la soberbia y del orgullo propio para ir nada más que a la conveniencia ajena. Eso es la generosidad, y ese es el favor enorme que se les hace.

HIPÓLITO.—No llevo otro afán que el de mi hermana.

DON JUANÍN.—Pues equivocas el camino. Con los bastonazos, con la riña y con el desafío, si llega, lo menos que les causas, lo menos, es un gran disgusto.

HIPÓLITO.—También yo lo paso.

DON JUANÍN.—Olvídate de ti para resultar más noble aún. Lo pasan ellos. Y lo primero que te dirá

Carita es: "Me das un gran disgusto...; pero disgustos ya teníamos aquí en abundancia, hermanito. Para eso no te llamé con tanta prisa ni con tanta ansia."

HIPÓLITO.—Pues hoy mismo me largo, y que se las arreglen solos.

DON JUANÍN.—Tampoco te llamaron para que les abandones en la primera dificultad.

HIPÓLITO—Es que no sé cómo acertar.

DON JUANÍN.—Muy fácilmente. Lo de Lorenzo es una manía, una obsesión.

HIPÓLITO.—Y una canallada.

DON JUANÍN.—No. Una manía. El respeto a la memoria de su primera mujer me parece muy laudable; pero la exageración, como todas las exageraciones, es merecedora de censura. Y en este caso a él le pone en ridículo, y a tu hermana la está poniendo en trance muy rápido de cometer algún desatino. ¿Manera de atajar los dos inconvenientes?

HIPÓLITO.—Aconsejándola discretamente.

DON JUANÍN.—No. Nada de consejos. El ridículo es una situación de la que el interesado no se da cuenta, y en la que hace mal lo que cree que está haciendo muy bien. Unas veces el ridículo es momentáneo,

como el resbalar en la calle, o sentarse en una silla rota, o preguntar por persona desagradable..., y otras veces es permanente, como el del hombre que se enamora o el del ministro que hace planes de gobierno para más de quince días.

HIPÓLITO.—El de Lorenzo es de los permanentes.

DON JUANÍN.—Conformes. Pero todos, que son imposibles de prevenir, en cambio, son muy sencillos de terminar. En cuanto uno se percata de que está en ridículo, ya se coloca inmediatamente en vías de no estarlo.

HIPÓLITO.—¿Y usted se figura que bastará con advertírselo?

DON JUANÍN.—No. Ahora se halla tan obcecado, que nuestras observaciones le parecen injustas, y se incomoda, pero no se convence. ¡Pues vamos nosotros a convencerle sin que se pueda incomodar!

HIPÓLITO.—Y eso, ¿de qué modo?

DON JUANÍN.—Extremando su propia manía. Lorenzo no ve su exageración, pero verá la nuestra inmediatamente, y siempre que hable de su primera mujer, en lugar de contradecirle o de oponernos, vamos a darle la razón..., ¡sólo que aumentada! ¿Que la nombra una vez? Nosotros a nombrarla cinco. ¿Que

la ensalza como diez? Nosotros a ensalzarla como veinte. ¡Y tú verás qué pronto, para no dar margen a nuestras exageraciones, él va corrigiendo y amenguando las suyas..., que el espejo más claro para notar los defectos es el que reproduce la cara ajena!

HIPÓLITO.—Podrá ser...; pero yo no me presto a enjuagues ni a burlas.

DON JUANÍN.—¿No te prestas, Hipólito? ¿Vale tan poco la felicidad de tu hermana, y la del mismo Lorenzo, que a fin de cuentas no es más que un maniático, pero honrado y leal y caballero? ¿Vale tan poco, que se resuelve diciendo llanamente que no te prestas tú?

HIPÓLITO.—Es que mi carácter no se aviene con las farsas.

DON JUANÍN.—Pues volvemos al principio. ¿Te llamaron para que se luzca tu carácter, o para que auxilies a esa pobre criatura? ¿Y soy yo—casi un extraño—el que tiene que enseñarte a ti—casi un padre—cuál es tu obligación en estas circunstancias?

HIPÓLITO.—Bueno. ¡Me callaré!

DON JUANÍN.—Y no pegues.

HIPÓLITO.—Bueno. ¡No pegaré! ¡Pero no me pi-

dáis más, que otra cosa ya no la concedo! *(Va a sentarse rabioso.)*

DON JUANÍN.—Te lo agradecerá Carita..., y te lo agradeceremos todos; que un hombre que no gruñe y que no pega resulta ya en sociedad un hombre encantador.

HIPÓLITO.—Búrlese usted..., ¡pero le juro que me cuesta un trabajo enorme el contenerme!

DON JUANÍN.—Ya lo sé, ya lo sé.

ESCENA XIII

DICHOS. CARITA y LORENZO, por la izquierda.

LORENZO.—Aquí está Carita.

DON JUANÍN.—Y muy guapa. Fué una gran idea el dejárnosla admirar una vez más.

LORENZO.—Se rebelaba un poquito, pero hoy no se admiten rebeliones.

(Hipólito se levanta.)

DON JUANÍN.—¡Hipólito!... La petaca. Hazme el favor de la petaca.

HIPÓLITO.—*(Dominándose.)*—Sí, señor, sí... *(La recoge de la mesa.)*

DON JUANÍN.—Gracias, queridísimo Hipólito. ¿Rebeliones? Ni hoy ni nunca. En la casa debe mandar el marido..., y nadie más que el marido.

LORENZO.—Celebro mucho que sea ésa la opinión de usted. ¿Y la tuya, Hipólito?

HIPÓLITO.—*(Que volvía a sentarse, revolviéndose airado.)*—¿La mía?

DON JUANÍN.—¡Hipólito!... Cerillas, ¿tienes?

HIPÓLITO.—*(Dominándose.)*—Tengo, sí, señor.

DON JUANÍN.—Dámelas. Gracias, queridísimo Hipólito.

LORENZO.—¿Y la tuya?

HIPÓLITO.—Exactamente igual que la del Marqués. En la casa debe mandar el marido... y nadie más que el marido.

LORENZO.—Lo celebro más aún. Entonces... ¿te parece bien que haya hecho venir a Carita?

HIPÓLITO.—Bien.

DON JUANÍN.—Es poco.

HIPÓLITO.—Bastante bien.

DON JUANÍN.—Poco.

HIPÓLITO.—¡Muy bien!

DON JUANÍN.—Eso es.

LORENZO.—Pues encantado. ¿Y esos señores?

DON JUANÍN.—En la sala o en el jardín.

LORENZO.—Con vuestro permiso. *(Mutis por derecha.)*

ESCENA XIV

DICHOS, menos LORENZO.

DON JUANÍN.—Tú lo tienes. *(A Hipólito.)* ¿Quieres un pitillo?

HIPÓLITO.—Lo que quiero es un revólver.

DON JUANÍN.—¡Escandaloso...! Siempre con ruido. *(Al ver que desapareció Lorenzo, a quien espiaba, se levanta vivamente.)* Carita, ¿crees en mi buena voluntad?

CARITA.—¿Por qué me dice usted eso?

DON JUANÍN.—No contestes preguntando, sino contestando, que es como Dios manda. ¿Crees en mí?

CARITA.—Ciegamente.

DON JUANÍN.—¿Me consideras capaz de aconsejarte algo que no sea para tu conveniencia?

CARITA.—No. Muchas pruebas tengo ya de ello.

DON JUANÍN.—Pues ahora necesito que me obedezcas sin discusión, que no hay tiempo para ella.

CARITA.—Mande.

DON JUANÍN.—Pídeles un dispense a esos.

CARITA.—¡Don Juanín!

DON JUANÍN.—¡Pídeles un dispense!

CARITA.—Lo pediré.

DON JUANÍN.—Con la cara risueña.

CARITA.—Risueña.

DON JUANÍN.—No les contradigas en nada, ni a ellos ni a tu marido.

CARITA.—En nada. Se lo prometo.

DON JUANÍN.—Y luego comprenderás de sobra la razón de ahora.

CARITA.—No me corre prisa el averiguarla. Lo urgente, lo imprescindible, es la seguridad del cariño en quien nos aconseja...; pero contando ya con eso, aunque de momento no sepamos por el camino que nos llevan, tenemos siempre la certeza absoluta de que van llevándonos por el mejor camino.

DON JUANÍN.—Pues a caminar firme.

CARITA.—¿E Hipólito?

DON JUANÍN.—Va haciendo eses..., pero va también.

HIPÓLITO.—¿No se quejará usted de mi mansedumbre?

DON JUANÍN.—No. Cumples tu palabra y te portas hidalgamente...; pero voy a dejar otra vez la petaca en la mesa por si hay que pedírtela de nuevo.

HIPÓLITO.—No hará falta.

DON JUANÍN.—Por si acaso.

ESCENA XV

DICHOS. DOÑA TRÁNSITO, BENITO y LORENZO, por derecha.

LORENZO.—¿Puede pasar Tránsito?

CARITA.—*(Adusta.)*—¿Y cuándo no?

(Lorenzo retrocede a buscarla.)

DON JUANÍN.—Carita..., ¡¡la carita!!

CARITA.—Ah, sí... *(Sonriendo.)* Con muchísimo gusto. *(Adelantando a recibirles.)* Reconozco que procedí aturdidamente y con injusticia. ¿Me dispensan ustedes?

DOÑA TRÁNSITO.—Si tú lo reconoces...

BENITO.—Si comprendes tu falta...

DOÑA TRÁNSITO.—Si es por tu propio impulso.

BENITO.—Si nadie te lo impone y te humillas espontáneamente...

(Hipólito, nervioso, se levanta.)

DON JUANÍN.—Hipólito... *(Y con un gesto le señala la pitillera.)*

DOÑA TRÁNSITO.—Siendo así, yo te perdono de todo corazón.

BENITO.—Y yo también. ¿La autorizas para que te abrace?

DOÑA TRÁNSITO.—Soy yo quien lo desea. *(Se abrazan.)*

LORENZO.—Como veis, llevaba razón al afirmar que no persistiría a sabiendas en su error.

DOÑA TRÁNSITO.—Y lo mismo confesaré lealmente que no existe ofensa ninguna para ella al consagrar un recuerdo a la infeliz mujer que ya está en la gloria.

CARITA.—Ninguna.

DOÑA TRÁNSITO.—Si la hubieras conocido...

CARITA.—Creo que era muy buena...

LORENZO.—Más que buena.

DON JUANÍN.—¡Un ángel!

LORENZO.—Más.

DON JUANÍN.—¡Dos ángeles!

DOÑA TRÁNSITO.—Una santa.

DON JUANÍN.—Eso en lo moral, que en lo físico era una maravilla.

LORENZO.—¿Verdad?

DOÑA TRÁNSITO.—¡Una belleza!

BENITO.—¡Extraordinaria!

DON JUANÍN.—Una figura esbelta, un cutis transparente, unos ojos rasgados...

CARITA.—Juanín...

HIPÓLITO.—¡Juanín!

DON JUANÍN.—Una mirada dulcísima, un andar sobrehumano, un sonreír divino...

BENITO.—¡Marqués!

DOÑA TRÁNSITO.—¡¡Marqués!!

DON JUANÍN.—Y luego aquella voz melodiosa, cristalina... ¡Aquella bondad! ¡Aquella indulgencia!... Aquella... Aquella...

TELON



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es el mismo día por la tarde.

ESCENA PRIMERA

JUANA, recogiendo el servicio de café; por la ventana de foro asoma MARÍA.

MARÍA.—Juana..., ya sé para quién pusieron el telegrama urgente a Fuenterrabía. Para el señorito aquel que vino acompañando al Marqués.

JUANA.—¿Llamándole?

MARÍA.—Sí.

JUANA.—Bueno.

MARÍA.—A mí me pareció joven.

JUANA.—Esos afeitados del todo engañan mucho en la edad, y como aquí no estuvo más que un momento y de noche..., ¡vete a saber la partida de bautismo!

MARÍA.—Año más o año menos, no importa. Pero bastante buena figura sí es, y muy proporcionadito, ¿verdad?

JUANA.—Bien proporcionado no. A mí me pareció que tenía las manos muy largas.

MARÍA.—¿Y cómo le viste, con el abrigón que llevaba?

JUANA.—No fué ver: fué sentir.

MARÍA.—¡Ay!... ¡Es atrevido!

JUANA.—Eso le dije yo, incomodada; pero me contestó muy fino y muy grave que le dispensara, que no se había dado cuenta... Pero ¡vaya si se dió cuenta de todo el muy granuja!

MARÍA.—Puede que no, mujer.

JUANA.—¡Vaya que sí! Después no dejaba de mirarme, y le rebrillaban las candelas de los ojos.

MARÍA.—Pues ten cuidado con él, y no le dejes ni acercarse.

JUANA.—Bueno.

MARÍA.—¡Ay, qué hombres! *(Marcha.)*

JUANA.—¡María..., María!

MARÍA.—*(Volviendo a asomar.)*—¿Qué, Juana?

JUANA.—¡Que tampoco le dejes acercar tú!

MARÍA.—¡No, mujer! ¡Qué cosas dices!...

ESCENA II

JUANA; por izquierda, DON JUANÍN.

DON JUANÍN.—*(Que se sienta a leer, pero no quita la vista de Juana.)*—Claro que tiene uno que ser muy formal..., por la edad, por la posición, por la casa en que estoy..., por todo. Eso claro. ¡Pero, Señor!, ¿para qué habrá tantas mujeres guapas? ¿Para qué?

JUANA.—*(Que trajina.)*—Lo que éste lea que me lo claven a mí en la frente...

DON JUANÍN.—*(Suspirando.)*—¡Ay, qué mujeres!

JUANA.—*(Suspirando.)*—¡Ay, qué hombres! *(Mutis por derecha mirando a Don Juanín, que se oculta rápidamente con el periódico.)*

DON JUANÍN.—Y disimulando siempre. ¿Para qué disimularemos, si ellas saben todas que las miran, y nosotros sabemos todos que ellas no dejan de mirar? ¿Para qué?

ESCENA III

DON JUANÍN; TRINIDAD, por foro.

TRINIDAD.—Buenas tardes, Marqués.

DON JUANÍN.—¡Hola! ¿Y Tomás?

TRINIDAD.—En la mesa...

DON JUANÍN.—¡Qué glotón!

TRINIDAD.—En la mesa verde.

DON JUANÍN.—Entonces, me abstengo de calificarle todavía. ¿Gana?

TRINIDAD.—Sí.

DON JUANÍN.—La felicito. Tiene usted un marido inteligente, Trinidad.

TRINIDAD.—Pero el miedo mío es que pierda.

DON JUANÍN.—Lo comprendo..., y en ese caso tendrá usted por marido un grandísimo majadero.

TRINIDAD.—No atiende a reflexiones.

DON JUANÍN.—Mientras gane, hace bien.

TRINIDAD.—¿Y después?

DON JUANÍN.—Después hará rematadamente mal en no escucharla a usted.

ESCENA IV

DICHOS. CARITA, por izquierda.

CARITA.—¿Te dieron mi recado?

TRINIDAD.—Y me sorprendió muchísimo. Por la

mañana te niegas a salir y por la tarde me pides que te lleve a todos lados. ¿Es que ya empleaste mi receta?

CARITA.—¿La de abrazar a Lorenzo? No.

TRINIDAD.—Pues no te alabo. En las peleas dentro de casa los hombres tendrán razón... o no tendrán razón. Es igual.

DON JUANÍN.—¡Gracias!

TRINIDAD.—Pero las mujeres, cuando a su razón no añaden una caricia, suelen quedarse siempre sin razón.

CARITA.—Eso es injusto.

TRINIDAD.—Sí..., pero las cosas hay que tomarlas, no como deben ser, sino como son. ¿Quieres justicias, igualdades, derechos equivalentes y demás zarandajas del feminismo de moda? Pues firme en tus ideas, en tu conducta... y en tus disgustos. ¿Quieres buena armonía y hacer lo que te dé la santísima gana por la mañana, por la tarde y por la noche? Pues empaqueta bien todas las razones que tengas... y tira el paquete por el balcón.

CARITA.—A veces no dan buen resultado los mimos.

TRINIDAD.—¡¡Infalibles, milagrosos!!, y siempre

alcanzarás con ellos todo cuanto pidas. Si el marido te quiere, porque le sigas acariciando, y si el marido está harto de ti, porque le dejes en paz de una vez.

Don Juanín.—¡Bravo, Trinidad! Rousseau, Voltaire, Balmes y Espinosa son unos infelices filósofos al lado de usted.

Trinidad.—Yo no sé de ciencias..., pero Tomás tiene tres carreras, no sé cuántos diplomas de sociedades sabias y una biblioteca con centenares de libros. Bueno, pues con las tres carreras, los diplomas y la biblioteca, cuando hacen falta unos duros más de los que tenemos, va a ver si los halla en la bolita de la ruleta.

Don Juanín.—Luego la ciencia no sirve para nada. Esa es la mía también.

Trinidad.—Servirá, no lo dudo. Pero yo para vivir no me las compongo con lo que diga ese señor Balmes, sino con lo que diga mi marido. Aparte de que todas esas eminencias han escrito cosas profundísimas para arreglar la vida de los demás, pero ninguno llegó a saber arreglar la suya.

Don Juanín.—Eso es cierto.

CARITA.—Pues entonces le sobra motivo a Trinidad para no hacerles mucho caso.

TRINIDAD.—Y a lo nuestro. Vamos a San Sebastián para cenar en el Casino... ¿Vienes?

CARITA.—Sí.

DON JUANÍN.—No...; te suplico que no.

CARITA. — *(Después de breve indecisión.)* — Pues no...

DON JUANÍN.—Anda el matrimonio a la greña... Hasta ahora tiene Carita toda la razón; que no se la quite ella misma con una genialidad.

CARITA.—Y he prometido obediencia al padrino...

TRINIDAD.—Si ha de ser causa de enojos, yo digo también que te quedes.

DON JUANÍN. — Nosotros aquí tranquilamente, y ellos allá en el Casino beberán una copa de "champagne" a nuestra salud.

TRINIDAD.—No sé si habrá "champagne".

DON JUANÍN.—Eso dependerá del deseo de usted.

TRINIDAD.—No. Dependerá de la bolita. Pero de todos modos os recordaremos, y Tomás tendrá una gran alegría cuando le refiera, con la debida alabanza, por qué renuncias a una diversión.

CARITA.—¿Una gran alegría? ¿Y qué le importo yo a Tomás?

TRINIDAD.—No es que le importes excesivamente, no. Es que les complace a ellos que la conformidad y la resignación de una esposa sea alabada por la esposa propia... ¡Porque le aplican a ella también el cuento de la resignación, y ya están pensando los muy ladinos en echar una cana al aire sin gran riesgo conyugal!

CARITA.—Los que lo piensen.

CARITA.—*(Después de sonreír compasivamente.)*—¡Eres una paloma! ¡Una paloma y un cordero!

CARITA.—Mejor para mí.

TRINIDAD.—*(Besándola.)*—¡Adiós, tontísima! Ya te contaré mañana lo que hablemos.

CARITA.—Divertiros.

TRINIDAD.—Gracias... ¡Adiós, Marqués! *(Mutis por foro.)*

DON JUANÍN.—¡Adiós, Balmes!

CARITA.—*(Desde la puerta, para decirle adiós a Trinidad.)*—Los que pretenden consolarnos no siempre nos consuelan. A veces queda una más intranquila y más temerosa que antes. *(Despide a Trinidad con la mano.)*

DON JUANÍN.—Es que tiene sus dificultades eso de dar consejos...

ESCENA V

CARITA, DON JUANÍN; por derecha, CAÍTO.

CAÍTO.—*(Abrazándole.)*—¡Tío!

DON JUANÍN.—¡Hola! *(Presentando.)* La señora de Lorenzo Villahermoso. Ricardo Matera.

(Reverencias y sonrisas, pero sin darse la mano.)

CARITA.—Si quiere usted lavarse o arreglarse un poco...

CAÍTO.—Nada. Ya me detuve en la fonda.

CARITA.—Comerá con nosotros, ¿verdad? Pues hasta ahora. *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA VI

DON JUANÍN y CAÍTO.

CAÍTO.—¡Marcha bien! Se conoce que tiene buen motor.

DON JUANÍN.—Y buena gasolina.

CAÍTO.—Me gusta esa señora, tío.

DON JUANÍN.—¡Milagro, sobrino!

CAÍTO.—Me gustan casi todas. ¡Para qué vamos a andar con miserias! Me gustan todas, tío.

DON JUANÍN.—Ya lo sé, ya lo sé..., y ellas también.

CAÍTO.—Bueno. Recibí tu telegrama a la una..., y aquí me tienes, que aun no son las cinco.

DON JUANÍN.—No fué gran jornada treinta kilómetros en cuatro horas. ¿Tuviste avería?

CAÍTO.—Sí.

DON JUANÍN.—¿De neumáticos?

CAÍTO.—No.

DON JUANÍN.—¿En la máquina?

CAÍTO.—No.

DON JUANÍN.—¿Pues en dónde?

CAÍTO.—En el corazón de Piluchita. Leer tu *tele* y parársele a ella las válvulas fué todo uno. Engrasa de aquí, cambia las bujías de allá, búscale los contactos..., a ver si era de la dínamo... ¡Y tres horas de *panne,* con lágrimas, y suspiros, y patatuses! ¡Una desolación, tío!

DON JUANÍN.—¡Válgame la Providencia..., y qué corazón más sensible tienen hoy las Pichuchitas!

CAÍTO.—Esa mujer me quiere de veras. Estoy convencido.

DON JUANÍN.—¿Por las lágrimas?

CAÍTO.—Y por algo más: por su desinterés. Al final de la avería y cuando ya consiguiera ponerla en marcha nuevamente, saqué un billete de mil pesetas...

DON JUANÍN.—*(Atajándole.)*—¡Lo recuerdo!

CAÍTO.—Ese tenía que ser..., ¡el pobre iba solo! Bien; pues se lo ofrecí por dos veces..., ¡y lo rechazó!

DON JUANÍN.—¿Y la tercera?

CAÍTO.—La tercera vez es una temeridad el ofrecerlo, y no hay persona bien educada que se resista.

DON JUANÍN.—Y Piluchita, ¿está bien educada?

CAÍTO.—Sí, tío.

DON JUANÍN.—Y el billete, ¿se quedó en sus manos?

CAÍTO.—¡¡No!! En un cajón. Pero se trataba de ella, ¡y lo hice muy a gusto! Se trataba de obedecerte a ti..., ¡y más a gusto todavía!

DON JUANÍN.—Gracias, Caíto. *(Aparte.)* ¡¡Me parece que sólo con otro billete no voy a escapar del lance éste!!...

CAÍTO.—¿Qué quieres de mí?

Don Juanín.—Pedirte un favor.

Caíto.—Me molesta que lo digas en esa forma. Tú me mandas, yo obedezco..., ¡y no hay que hablar más nunca!

Don Juanín.—Gracias, Caíto. *(Aparte.)* ¡Dos..., tienen que ser dos lo menos!

Caíto.—¿Qué dices?

Don Juanín.—Que te agradezco tu contestación y que así la esperaba. Y vamos con mi deseo. En esta casa, en que todos son buenos, hay, sin embargo, una pícara nube contra la que no se puede ir de frente, y es menester soslayarla. ¿Quieres ayudarnos tú?

Caíto.—¡Ya lo creo!

Don Juanín.—Pues entonces tienes que pasar por haber sido el primer novio de esta señora.

Caíto.—¿De la Villahermoso? Encantado.

Don Juanín.—Hablarle con gran cariño, fingir que te entusiasmas aún.

Caíto.—¡Qué fingirlo! Entusiasmarme de verdad, y hablarla, y abrazarla, y besarla, y...

Don Juanín.—¡¡Eh, eh!! Pára ese carro. No se ha de llegar a nada de eso. El día, o los días, o lo que sea conveniente que dure esa ficción, tus ama-

bilidades y tus finezas han de ser siempre, y exclusivamente, delante del marido.

CAÍTO.—Bueno..., bueno..., pero me choca mucho. A mí las señoras me exigen siempre lo contrario.

DON JUANÍN.—Eso podrá ser cuando se vaya a las veras; pero aquí las veras no las puedes esperar, por ella, y no las puedes ni intentar, por mí.

CAÍTO.—Era una broma. Ya sé la estimación que tú les tienes, y basta y sobra para que yo no me propase ni una línea. Y si lo inverosímil, lo absurdo de que me buscaran a mí en serio, ocurriera en esta casa y con esa señora, sólo por el respeto que te debo, me verías cambiar de nombre.

DON JUANÍN.—¿De nombre?

CAÍTO.—Sí. Ricardo Matera sería el casto José Matera.

DON JUANÍN.—*(Abrazándole.)*—Eso no está mal, muchacho.

CAÍTO.—De ti aprendo a divertirme mucho, pero a no dejar nunca de ser caballero.

DON JUANÍN.—Bien, Caíto, bien. *(Aparte.)* ¡Tres me va a costar tres, esta sensibilidad y esta flaqueza de enternecerme!

CAÍTO.—¿Cuándo empezamos el noviazgo?

DON JUANÍN.—Hoy mismo. Ponte esta flor... *(Dándole la que lleva en el ojal.)* que es la señal convenida para saber que accedes a nuestra súplica.

CAÍTO.—A tu mandato, tío, a tu mandato.

ESCENA VII

DICHOS. HIPÓLITO, por derecha.

HIPÓLITO.—¿No salimos esta tarde?

DON JUANÍN.—*(Presentándolo.)*—Hipólito, el hermano de los Villahermoso.

HIPÓLITO.—¿El sobrino, verdad?

CAÍTO.—Para servirle.

ESCENA VIII

DICHOS. JUANA, que atraviesa con una bandeja de derecha a izquierda.

DON JUANÍN.—Juana, ¿quiere usted avisar a don Lorenzo?

CAÍTO.—(*A Don Juanín.*).—¡¡Uy, qué monada de mujer!! Juanita, ¿me da usted un poco de agua?

JUANA.—Sí, señor.

CAÍTO.—*(Se sirve, pero no bebe.)*—Si me sirviera usted siempre, tendría sed a todas horas.

JUANA.—Ya calmaría...

CAÍTO.—No. Me gusta usted más que las golosinas, más que el dinero y más que el no trabajar.

JUANA.—No es usted como otros.

CAÍTO.—¿Y cómo son los otros?

JUANA.—*Exageraos*... Ande, beba de una vez, que si le suspendieron a usted en algún examen en su carrera, ya sé por qué habrá sido.

CAÍTO.—¿Por qué?

JUANA.—Por una miajita corto de palabras. Con su permiso. *(Mutis.)*

CAÍTO.—¡Qué preciosa! ¿Te has fijado, tío?

DON JUANÍN.—Más que tú.

CAÍTO.—¿Más que yo? ¡Y me la comía con los ojos!

DON JUANÍN.—Pues a la prueba.

CAÍTO.—A la prueba.

DON JUANÍN.—¿De qué color era la falda?

CAÍTO.—Azul marino.

DON JUANÍN.—¿Llevaba blusa o chaquetilla?

CAÍTO.—Blusa con siete botones. ¿Eh?

DON JUANÍN.—Pues yo no he visto nada de eso.

CAÍTO.—¿Quién se fijó más?

DON JUANÍN.—Yo. Tú has perdido tiempo mirándole la ropa y yo lo aproveché todo mirándola a ella. No le des vueltas a la cuestión, Caíto; para mirar, los muchachos; para admirar, los talluditos...

HIPÓLITO.—En algo han de llevar la ventaja.

CAÍTO.—Me rindo.

ESCENA IX

HIPÓLITO, DON JUANÍN y CAÍTO; por izquierda, CARITA y LORENZO.

DON JUANÍN.—*(Presentándole.)*—Mi sobrino Ricardo...

CARITA.—*(Que se ha quedado unos pasos atrás, mirando si Caíto se ha puesto la flor, corre a él dándole las dos manos.)* — Caíto... ¡Simpatiquísimo Caíto!

CAÍTO.—*(Que con naturalidad tenía puesta una mano en la solapa para que resaltara la flor. Rápido y en voz baja.)*—¿Cómo se llama usted?

CARITA.—*(Rápida y bajo.)* Carita.

CAÍTO.—Carita. ¡Simpatiquísima Carita!

LORENZO.—*(Que se quedó inmóvil y a medio viaje del saludo.)* ¿Se conocen?

DON JUANÍN.—Por lo visto.

CARITA.—¡No sabes qué satisfacción tengo al verte!

CAÍTO.—Y yo... ¡enorme!

CARITA.—¿Y tu padre?

CAÍTO.—Bien.

CARITA.—¿Y tu madre?

CAÍTO.—Bien.

CARITA.—¿Y tus hermanos?

CAÍTO.—*(Bajo.)*—¡No tengo hermanos!

CARITA.—No me importa.

CAÍTO.—Ni a mí. *(Alto.)* Pues mis hermanos... uno se casó; otro, se volvió a casar, y al otro... al otro no hay quien lo haga casar; ¡pero todos muy bien, todos!

CARITA.—¡Cuánto me alegro!

CAÍTO.—Y yo.

CARITA.—Ven que te presente a mi marido. Lorenzo, Caíto Matera... Nuestras familias se trataban mucho en Málaga, y de éste guardo un recuerdo muy afectuoso. Fuimos novios.

LORENZO.—*(Muy serio.)*—No... no... *(Sonriendo, al fin.)* ¿Novios?

CARITA.—Una chiquillada. Figúrate que tendría éste veinte años... ¿Veinte?

CAÍTO.—Cumplidos.

CARITA.—Y yo, diez y nueve... sin cumplir.

DON JUANÍN.—Por la edad, tuvo que ser una chiquillada evidente. *(Abrazando a Lorenzo.)*

LORENZO.—*(Tragando quina.)*—Evi..., sí..., evi... evidente.

CARITA.—Me complacería mucho que hicierais los dos buenas amistades.

CAÍTO.—Por mi parte...

LORENZO.—*(Sonríe forzado, y en seguida se pone serio.)*—Y por la mía.

DON JUANÍN.—Caíto es muy amable, muy servicial y listo como la pólvora. Entiende de todo. Creo yo que entiende hasta una guía de ferrocarriles.

CAÍTO.—¡No tanto, no tanto!

CARITA.—Tú no le recordarás, probablemente, porque fué en tu época de colegio. *(A Hipólito.)*

HIPÓLITO.—¡Ojalá siguiera!

DON JUANÍN.—Estarías de profesor... ¡Y cualquiera estaba de alumno!

CARITA.—Pero vamos a sentarnos.

CAÍTO.—Como usted guste.

CARITA. — ¿De usted? Trátame como siempre. ¿Verdad, Lorenzo, que tú lo autorizas?

LORENZO.—¿Yo? Sí... Eso es..., sí.

CARITA.—Pues ven. *(Cogiendo del brazo a Caíto, lo lleva a sentar.)*

LORENZO.—*(Aparte a Juanín.)*—Es una incorrección, una grandísima incorrección!

DON JUANÍN.—*(Haciéndose de nuevas.)*—¿El qué?

LORENZO.—*(Mirándole feroz.)*—¡Nada, nada!

HIPÓLITO.—*(Aparte a Juanín.)*—¡Esto no se puede aguantar!

DON JUANÍN.—Calla...

HIPÓLITO.—Díselo a Lorenzo.

DON JUANÍN.—¡Calla!

HIPÓLITO.—Y si él no tiene decisión, la tendré yo por los dos.

LORENZO.—¿Qué dice?

DON JUANÍN.—Que válgame Dios...

(A un lado, Carita y Caíto; a otro, sentados también, los otros tres.)

CARITA.—Cuéntame cosas de tu vida. ¿Has vuelto por allí?

CAÍTO.—Sí... he vuelto algunas veces por allí; donde no voy es por allá.

CARITA.—Ni yo. Y aquella Encarnación por la que me dejaste plantada... *(Riendo y dándole un golpecito.)* ¡Mala persona! ¿Qué fué de ella?

CAÍTO.—No sé... Al principio la vi mucho; pero después ya no la vi nada.

CARITA.—Como a todas. ¡Y cuidado que era guapa! En Málaga, donde hay tantas mujeres preciosas, llamaba la atención por su hermosura.

DON JUANÍN.—Pero la pobre acabó mal.

CARITA.—¿Ha muerto?

DON JUANÍN.—Peor: ha envejecido...

CARITA.—De eso no hay quien escape. ¿Qué ha sido de ti, hombre? ¡Mira que en tantos años no ponerme una línea ni una tarjeta, como si fuéramos enemigos. ¡Y enemigos no somos!

CAÍTO.—¡Qué hemos de ser! Yo siempre tuve por ti una gran admiración. Y ahora más todavía. ¡Estás maravillosa!

HIPÓLITO.—*(Dándole un tirón de la chaqueta a Don Juanín.)*—¿Tú oyes?

DON JUANÍN.—No miente.

HIPÓLITO.—Pero ¡delante del marido...!

DON JUANÍN.—Como tú no lo eres, déjale esa preocupación a Lorenzo.

CARITA.—De piropos y galanterías nunca hubo queja contigo.

CAÍTO.—Algunos te dije..., y algunos te diré, si me lo permites.

(Tirón de Lorenzo a Don Juanín.)

CARITA.—No pecando de atrevidos, es difícil que pequen de enojosos.

LORENZO.—*(A Don Juanín.)*—¡Ni rechazarlos!

DON JUANÍN.—¡Bah!...

LORENZO.—Si no tiene ese rubor por mí, siquiera por su hermano...

DON JUANÍN.—Altérate por ti, no por él...

CARITA.—Pero cumplidos ya los gastan los extraños, y entre nosotros debe haber algo más sólido y más leal. Yo no olvido que te quise mucho, Caíto.

(Tirón de Lorenzo.)

CAÍTO.—Y yo muchísimo a ti, Carita.

(Tirón de Hipólito.)

HIPÓLITO.—¡Esto no puede durar!

DON JUANÍN.—No. Me la vais a romper.

CARITA.—Y el que se haya borrado todo lo amoroso—antes porque nosotros lo quisimos así, y ahora

porque forzosamente tiene que ser así—no es razón para que se borre nuestra amistad de la niñez.

CAÍTO.—Ninguna.

CARITA.—*(Dándole las dos manos.)*—¿Quedamos en grandes amigos?

CAÍTO.—Quedamos.

CARITA.—Y ya verás qué grata es una buena amistad. ¿Qué días piensas estar con nosotros?

CAÍTO.—Lo que mande Don Juanín; pero yo voy a la fonda.

CARITA.—De ningún modo. Tú vienes a casa.

(Tirón de Hipólito.)

CAÍTO.—Dispénsame.

CARITA.—No hay dispense. *(Yendo a Lorenzo.)* ¿Verdad Lorenzo que Caíto viene a casa?

LORENZO.—*(Indignado.)*—¡Con mucho gusto! ¡Sí, con muchísimo gusto! ¡Sí..., sí!

CARITA.—*(Volviendo al lado de Caíto.)*—¿Lo ves?

HIPÓLITO.—*(Aparte a Lorenzo.)*—¿Tú no lo echas a patadas? Pues en cuanto le pesque a solas lo echaré yo.

LORENZO.—¡Hipólito!

HIPÓLITO.—Y a ti también. *(Mutis por derecha.)*

ESCENA X

DICHOS, menos HIPÓLITO.

DON JUANÍN.—¡Deliciosa!

LORENZO.—¿Quién?

DON JUANÍN.—La familia. ¡Deliciosa! Cuando pienso que por no haberme querido casar me estoy privando de todas estas dulzuras..., ¡me da una pena!

CARITA.—Envidia es lo que le da.

DON JUANÍN.—¡Eso! ¡Ay, si yo encontrara una mujercita como tú, para ser tan feliz como éste! Te envidio, Lorenzo, te envidio.

LORENZO. — *(Indignado.)* — ¡Bueno! ¡¡Envídieme usted!!

CARITA.—¿Pero no me cuentas nada? Tendré que preguntarlo yo. ¿Qué, sigues soltero?

CAÍTO.—Bastante, sí...

CARITA.—¡Hombre!

DON JUANÍN.—Como dicen las Empresas anunciadoras, "para más detalles, pídanse prospectos".

CARITA.—Bastan, bastan.

CAÍTO.—No me juzgues mejor ni peor que los demás.

CARITA.—Mejor. Y lo que te deseo muy de veras es que seas dichoso.

CAÍTO.—Lo seré. Tu deseo es una protección.

CARITA.—¡Ojalá! Y por cierto que contigo me sucede ahora algo extraño, como una revelación de otro mundo..., o mejor dicho, como si de pronto me hicieras adivinar que el mundo es otra cosa muy distinta de lo que yo me imaginaba.

CAÍTO.—*(Que la escuchó con los ojos muy abiertos, asombrado.)*—Me felicito de esa influencia..., pero la verdad, no creía yo ser tan útil en una casa.

CARITA.—Pues lo eres. Con lo poco que aprendí por mí misma y lo que siempre me dijeron, pensaba yo que los grandes cariños se ponían en el alma de las mujeres como si el alma fuera un arca; dentro el cariño, el arca cerrada, la llave al dueño... ¡¡y ya nadie más que él penetraba nunca por el arca y por el alma!!

CAÍTO.—*(Levantándose.)*—Y eso es.

CARITA.—*(Levantándose.)*—Y eso no es. Como arca abierta va el alma admitiendo y guardando todos los afectos que vienen, y sin más diferencia que la de ocupar unos mayor sitio que los otros..., pero con el peligro siempre de que alguno de esos cariños

pequeñitos crezca de pronto, se aumente, se agrande, y un día ocupe él solo más lugar que todos los otros juntos.

LORENZO.—¿Quieres explicarme por qué relacionas lo que has dicho con la presencia de este caballero?

CAÍTO.—*(Aparte.)*—El marido se entera. Aventura perdida.

DON JUANÍN.—*(Aparte y sonriendo.)*—El marido se encela. Batalla ganada.

CARITA.—*(Que se acercó a Lorenzo.)*—Es muy fácil de explicar. Tú eres mi cariño grande, y pensaba yo—con mis ideas de otros tiempos—que en donde estaba el tuyo no había ya espacio, ni grande ni pequeño, para que estuviera ningún otro.

LORENZO.—*(Amenazador.)*—¿Y ahora?

CARITA.—Ahora... Ahora veo que con muchísimo gusto vuelvo a recordar las horas juveniles, que me detengo a evocarlas con agrado, que no es enojosa, ni mucho menos, la estancia aquí de este caballero...., y pensando así, por fuerza he de pensar también que en donde está el cariño grande hay un sitio pequeño... ¡¡pequeñín, muy pequeñín!!, pero hay un sitio ya para guardar otros recuerdos.

LORENZO.—¡No sabes lo que dices!

CARITA.—¿Tan desatinado te parece?

LORENZO.—Enormemente desatinado.

DON JUANÍN.—Pues yo lo encuentro muy razonable.

LORENZO.—*(Metiéndole casi los puños en la cara.)* ¡¡Yo no!!

DON JUANÍN.—Bueno... bueno...

LORENZO.—El pensarlo es disparate, el decirlo es más disparate aún, y el que esté presente a tal conversación este caballero es...

CAÍTO.—Don Lorenzo... Don Lorenzo... A mí descárteme usted. Me elogiaron tanto que ya comprendí que al final no van a hacerme caso ninguno.

LORENZO.—Se equivoca usted. Yo he de hacerle el que merezca.

CAÍTO.—Gracias.—*(Aparte.)*—¡¡Voy bien!!...

CARITA.—Pero sepamos de una vez por qué te enfadas.

LORENZO.—¿No lo adivinas? ¿No te das cuenta de la injuria que hay para mí?

CARITA.—*(Riendo.)*—¡Injuria! ¿Usted oye esto, Don Juanín?

DON JUANÍN.—Oigo..., pero me pasa lo que a ti: no lo comprendo.

CARITA.—¡Acaba! ¡Explica!

LORENZO.—Tus palabras no fueron correctas. A la persona que se liga con otra, como tú lo estás conmigo, la delicadeza más elemental la exige que pase una esponja por cierta clase de recuerdos. Y si no tiene la grandeza de borrarlos, que tenga al menos la corrección de no decirlos.

CARITA.—¡Qué bobada! ¿Oye usted esto, Don Juanín?

DON JUANÍN.—Sigo bien del oído, sí...; pero, por lo visto, de lo que sigo mal es del entendimiento.

CARITA.—¿Ves cómo tampoco te da la razón?

LORENZO.—La que me importa es la tuya.

CARITA.—Pues la mía bien clara te la he dicho. No hay ofensa ninguna..., ¡no puede haberla! en recordar un afecto extinguido por completo y que de ningún modo influye hoy en nuestra vida.

LORENZO.—Pues cállatelo.

CARITA.—Callármelo, no... ¿Por qué?

LORENZO.—¡Porque me injurias!

CARITA.—*(Riendo.)*—¿Otra vez?

LORENZO.—¡Y otra..., y siempre! Por honrada

que sea la mujer, por leal que sea, por confiado y seguro que esté el marido, cada vez que hables de otro amor, le mortificará.

CARITA.—*(Riendo.)*—¡No!

LORENZO.—¡Le ofenderá!

CARITA.—¡No!

LORENZO.—¡¡Sí, sí, sí!!

ESCENA XI

DICHOS. Por derecha, DOÑA TRÁNSITO y BENITO.

DOÑA TRÁNSITO.—Lorenzo..., la ampliación.

(Lorenzo queda extático; Don Juanín se ríe, pero volviéndose rápidamente para que no lo vean.)

BENITO.—¡Ha quedado el retrato muy bien, Lorenzo!

DON JUANÍN.—Pues es el único que ha quedado bien aquí...

CARITA.—A ver... ¡Qué encanto!

DON JUANÍN.—¡Qué preciosidad!

CAÍTO.—Parece una dama del siglo XVI...

DON JUANÍN.—¡Que te quemas, Caíto! Cuatro siglos más, y aciertas.

DOÑA TRÁNSITO.—Está sacado de una miniatura y con un traje de baile.

CAÍTO.—Ya decía yo... ¿Y quién es?

BENITO.—La mujer de Lorenzo.

CAÍTO.—Pues no se le parece nada.

DON JUANÍN.—Es la otra, la de primeras nupcias.

CAÍTO.—¡Ah!..., no lo sabía. Dispensen ustedes porque...

DON JUANÍN.—Déjalo, déjalo; hoy no estás en vena para los parecidos.

CARITA.—¿Pero tú no lo miras siquiera? Míralo, Lorenzo. *(Y ella se lo lleva.)*

LORENZO.—*(Secamente.)*—Está bastante bien...

CARITA.—¡Qué descontentadizo! Yo lo encuentro admirable.

DON JUANÍN.—Y de una exactitud pasmosa. Fíjate en la sonrisa; tiene expresión.

CARITA.—Y fíjate en los ojos: tienen vida.

LORENZO.—*(Quitándole el retrato.)*—Sí..., sí..., está muy bien.

CARITA.—Fué una laudable intención la de tus cuñados regalándote la miniatura, y apostaría algo a que en estos momentos estás tu reviviendo muchas horas de lo pasado...

DON JUANÍN.—*(Severo y en voz baja.)*—Carita...

CARITA.—Y cuando se trata de afectos purísimos, que a nadie intranquilizan y a nadie pueden herir, es una brava idea la de hacerlos destacar para que los tengamos siempre muy presentes. En nombre de Lorenzo, muchas gracias, Tránsito; muchas gracias, Benito.

DON JUANÍN.—*(Cogiéndola del brazo.)*—¡Carita!...

CARITA.—Y como el admitirlo, colocándolo además en lugar preferente, significa el gran aprecio que se tiene a lo que traen y a quien lo trae..., en nombre de Tránsito y de Benito, ¡muchas, gracias, Lorenzo!

DON JUANÍN.—¡¡Vamos, Carita...!!

CARITA.—Y quedo yo. Pero como para mí, si pudo no venir en agrado y en satisfacción, viene en cambio en experiencia y en aprendizaje de la vida..., ¡¡muchas gracias, señores, muchas gracias!!

LORENZO.—¡Basta ya!

CARITA.—*(Riendo.)*—¿Te vas a incomodar porque se hace tu gusto y tu deseo?

LORENZO.—¡¡Basta, digo!!

CARITA.—*(Riendo.)*—¿Pero de veras te vas a enfadar tú?

LORENZO.—Sí.

CARITA.—Pues enfádate. ¡Qué cosa más graciosa! *(Marchando.)*

LORENZO.—¡¡Carita!!

CARITA.—*(Siempre riendo.)*—Yo maltratada y él ofendido. ¡¡Qué cosa más graciosa, Dios del cielo!! *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA XII

DICHOS, menos CARITA.

(DON JUANÍN *mira a unos y a otros, y mutis lento por la izquierda.—Después de marchar* DON JUANÍN, LORENZO *mira el retrato, y mutis lento por derecha.—Después de marchar* LORENZO, TRÁNSITO *mira a* BENITO, BENITO *a* TRÁNSITO, *bajan la cabeza, y mutis lento por derecha.*—CAÍTO *se sienta, dejándose caer casi...*)

ESCENA XIII

CAÍTO e HIPÓLITO.

HIPÓLITO.—*(Muy grave.)*—Señor mío... es usted muy suelto de lengua para hablar con las mujeres,

¿Supongo que no tendrá usted reparo en hablar con los hombres?

CAÍTO.—No tengo mucho, no. Usted dirá.

HIPÓLITO.—Me molestó la conversación de usted con la señora de la casa, y para que no se repita, espero que no vuelva usted a poner los pies aquí.

CAÍTO.—*(Levantándose.)* —Usted me dispensa, ¿verdad?... o no me dispensa..., pero de las dos maneras yo no le complazco a usted.

HIPÓLITO.—¿No?

CAÍTO.—No.

HIPÓLITO.—¿Entonces me dará una satisfacción?

CAÍTO.—Todas las que usted quiera.

HIPÓLITO.—Dentro de una hora recibirá usted la visita de dos amigos.

CAÍTO.—Tendrá usted que concederme un plazo mayor. No conozco a nadie en Hernani, y he de buscar mis padrinos..., porque no voy a pedirle ese honor a su hermano de usted.

HIPÓLITO.—Naturalmente que mi cuñado lo debe ignorar.

CAÍTO.—¿No es usted hermano de Lorenzo?

HIPÓLITO.—No, de Carita.

CAÍTO.—¿Y me busca usted pelea? ¡Tiene salero eso!

HIPÓLITO.—Tendrá.

CAÍTO.—¿Pero usted no sabe que yo no he sido nunca novio de esa señora ni la he saludado hasta hoy, y que toda la intervención mía es de acuerdo con ella y para hacer caer al marido por las orejas de no sé qué burro en que va montado?

HIPÓLITO.—¿De acuerdo?

CAÍTO.—Pregúntelo.

HIPÓLITO.—Entonces..., entonces le pido a usted mil disculpas.

CAÍTO.—Disculpado, hombre.

HIPÓLITO.—¡Pero el Marqués de Albasclaras me responderá de esta burla!

CAÍTO.—¿Ahora con el Marqués? ¡Pero si es consejo suyo lo que hacemos, y por el bien de Carita únicamente, que Don Juanín y yo no vamos ganando nada..., como no le llame usted ganar a batirnos con usted!

HIPÓLITO.—Bueno. No provocaré al Marqués... ¡Pero yo tengo que pegarle a alguien!

CAÍTO.—¿Y por qué?

HIPÓLITO.—¡Porque estoy rabioso, y si no me des ahogo reviento!

CAÍTO.—Eso es otra cosa. Vámonos a la calle, y a primero que pase le tiramos el sombrero o le damo un encontrón...; se molesta, se le insulta además, ya están las morradas por el aire.

HIPÓLITO.—Eso no es...

CAÍTO.—Es..., es. Ande, venga. Y si no pasa nadi pronto, nos pegaremos usted y yo amistosamente para tranquilizarnos nada más...; que yo tambiér con la encantadora misión que me confiaron, esto algo en cupletista.

HIPÓLITO.—¿Cómo en cupletista?

CAÍTO.—Desafinado.

HIPÓLITO.—¡Ah!... *(Abrazándole.)* ¡Es usted mu simpático!

CAÍTO.—Gracias. Venga. *(Marcha.)*

HIPÓLITO.—¡Caíto..., Caíto! ¿Boxea usted?

CAÍTO.—Un poco.

HIPÓLITO.—Yo otro poco.

CAÍTO.—¡Pues estamos salvados! Ande; vamos hacernos unos chichones correctísimos.

HIPÓLITO.—Me da el corazón que usted y yo sere mos unos excelentes amigos.

CAÍTO.—No me sorprendería. Empezar, empezamos muy bien.

HIPÓLITO.—Y si hubiera ocasión de frecuentar nuestro trato, podríamos ejercitarnos metódicamente en él...

CAÍTO.—¡No, no! ¿Dedicar la vida por completo a pegarme con usted?... ¡No, no! Ni aun siendo íntimos amigos.

HIPÓLITO.—Es que lo seremos.

CAÍTO.—Pues ni aun así. Tengo otras cositas que hacer en este mundo. Ande, ande. *(Cogiéndole afectuosamente.)*

HIPÓLITO.—Vamos. Le voy a usted a pegar con verdadera simpatía, Caíto. ¡Palabra de honor!

CAÍTO.—Y yo lo mismo.

HIPÓLITO.—Pues vamos inmediatamente. *(Y abrazándole, mutis los dos por derecha.)*

ESCENA XIV

Por izquierda, DON JUANÍN, que se pone a leer; y LORENZO, luego por derecha, cabizbajo.

LORENZO.—Por las señas, Caíto ¿piensa quedarse?

DON JUANÍN.—*(Aparentando indiferencia.)*—Eso ha dicho él.

LORENZO.—Y quedarse aquí, en casa.

DON JUANÍN.—Eso ha dicho tu mujer.

LORENZO.—¡ Pero yo no lo puedo consentir! No quise dar la campanada delante de todos... ¡¡ Pero no lo consiento!!

DON JUANÍN.—¿ Por qué?

LORENZO.—Por sus relaciones anteriores, porque han sido novios.

DON JUANÍN.—¿ Y qué?

LORENZO.—¡¡ Caramba con el y qué!! ¿ No comprende usted la situación desairada que me crean durmiendo los dos bajo el mismo techo?

DON JUANÍN.—No. Durmiendo no se crean nunca dificultades.

LORENZO.—¿ Es que no lo quiere usted comprender, verdad? ¿ Le parece bien que yo autorice su presencia?

DON JUANÍN.—Como la mía o la de otro huésped cualquiera.

LORENZO.—No es lo mismo. Con este caballerito hay un antecedente, que no discuto..., pero que no es muy grato para mí.

Don Juanín.—Una preocupación tuya.

Lorenzo.—¿Pero usted no ha visto que se hablan cariñosamente?

Don Juanín.—Es natural si fueron novios.

Lorenzo.—¡Y dicen que se quieren!

Don Juanín.—No, que se quieren, no: que se han querido.

Lorenzo.—Es igual.

Don Juanín.—¡Qué ha de ser! Si fuera yo el marido apreciaría mucho esa diferencia de tiempo.

Lorenzo.—Yo también la aprecio, pero no estoy dispuesto, ni de pasado ni de presente, a tolerar que en mi cara le diga nadie ternezas a mi mujer.

Don Juanín.—Tú sabrás.

Lorenzo.—Y usted se referirá cuanto le plazca a otras épocas, pero el mozo no se recata nada en demostrar que también ahora le gusta Carita.

Don Juanín.—Naturalmente. Pero ese detalle no tiene ninguna significación especial.

Lorenzo.—¿Que no la tiene?

Don Juanín.—No. A todos los hombres les gustan siempre todas las mujeres, y algunos son tan exagerados en ese terreno que hasta les gusta la mujer propia.

Lorenzo.—Ese es mi caso, y no le puede sorpren der a nadie que por amor la defienda. Y si no la de fendiera por amor, la defendería por dignidad.

Don Juanín.—Perfectamente; pero es que yo n veo nada de particular en que ellos recuerden co agrado los días lejanos de sus amores.

Lorenzo.—¡¡Don Juanín!!

Don Juanín.—Absolutamente nada. ¿No recuer das tú así a la pobre Eugenia?

Lorenzo.—Es muy distinta la situación, que e mí nadie puede suponer un mal pensamiento... y aun que no lo supongamos tampoco en ellos, no es d gran delicadeza en ninguno de los dos el ponerse recordar sus relaciones en mi presencia.

Don Juanín.—Exacto... y conforme. Pero dime Lorenzo..., si tienes la epidermis tan delicada, ¿po qué no piensas alguna vez que lo que te mortifica ti le puede mortificar a ella también?

Lorenzo.—¿A Carita?

Don Juanín.—A Carita. Y si es una falta de deli cadeza el que la mujer recuerde sus amores, ¿por qu no lo ha de ser el que recuerde los suyos el marido

Lorenzo.—¡Le juro que no he tratado jamás d herir los sentimientos de ella!

Don Juanín.—Lo que has hecho es no preocuparte —ni ocuparte siquiera—de si los tenía o dejaba de tenerlos. ¿Y por qué tal desdén? ¿Por qué han de ser tus sentimientos más refinados que los suyos? ¿En dónde has comprado tú el alma para figurarte ahora que la tuya es más vibrante o más sensible que la de ella?

Lorenzo.—Carita no me dió jamás una queja hasta hoy.

Don Juanín.—¡Y porque no la dió no la tiene! ¡Porque no lo dice, no lo sufre! Ay, Lorenzo; si los hombres, con nuestra brusquedad y nuestra licencia de expresión, nos callamos, sin embargo, muchos pensamientos... ¡¡calcula tú los que se callarán las mujeres, cuando por naturaleza y por educación las hemos enseñado a ser discretas y reservadas!!

Lorenzo.—Eso es verdad.

Don Juanín.—Y tan verdad. A veces hablan por demás, pero es de lo que no les importa, que todo lo que les llega muy a lo hondo suelen pensarlo mucho... y después de bien pensado, generalmente acaban por no decirlo.

Lorenzo.—Puede que sea lo mejor.

Don Juanín.—Según, según... que no lo dicen, no;

pero en cambio hacen siempre algo que lleve en sí la respuesta, el desquite o la venganza. Ya ves que hay para repetir: según... según.

LORENZO.—¿Y lo de Carita con tu sobrino es una venganza?

DON JUANÍN.—No lo parece.

LORENZO.—Lo es. Ya procura bien que yo me entere.

DON JUANÍN.—Pues en eso precisamente me fundo yo para decirte que no lo es. Cuando lo sea de veras, procurarán que no te enteres tú... Lógica, Lorenzo; lógica.

LORENZO.—Lo que usted supone es absurdo. Le hago a Carita esa justicia.

DON JUANÍN.—Hay muchas razones para que sea imposible; pero cuídate tú de no añadir alguna para que sea posible, que la mayor parte de las caídas no son tropiezos de las mujeres, sino empujones de los maridos.

LORENZO.—¿Qué quiere usted decir?

DON JUANÍN.—Lo que tú quieras entender. Demasiado te dije ya y demasiado venimos diciéndote para llamarte la atención con nuestra conducta; pero no

vayamos a pasar de la raya y a pecar de entrometidos.

LORENZO.—De veras juzgáis que es un crimen el respeto a la memoria...

DON JUANÍN.—Con más modestia: Crimen, no; torpeza. Y ya que lo preguntas directamente, ahí va la respuesta derechita. El respeto es muy digno y muy sagrado; pero la exposición permanente de tus admiraciones por la mujer número uno delante de la mujer número dos me parece una verdadera exposición para el número dos, sin ventaja ninguna para el número uno.

LORENZO.—Lo mío por Eugenia es un culto inmaterial...

DON JUANÍN.—Y respecto del culto, te diré que si tú estabas en vena de esos deliquios supraterrenales y querías vivir en lo pasado, consagrándote por completo a esa memoria... ¡¡haberlo hecho, que nadie te lo impedía!! Y si encontrabas que aun era poca soledad la de tu casa y era mucha gente la de la calle, haberte ido a un convento o a una ermita, ¡¡que nadie te lo impidió tampoco!!

LORENZO.—Nadie, es cierto.

DON JUANÍN.—Pero en lugar de esos misticismos,

tú has preferido muy prácticamente el rehacer tu vida y formarte un nuevo hogar.

LORENZO.—¿No hice bien?

DON JUANÍN.—Muy bien. Pero si quieres vivir en el mundo... ¡vive como todo el mundo! Que involucrar lo pasado con lo presente y mezclar lo que es con lo que no es, lo hacen los locos...; pero se lo deshacen los cuerdos abandonándolos y encerrándolos.

LORENZO.—Hasta por loco me tenéis...

DON JUANÍN.—Claro. Yo adoro la memoria de mi glorioso antepasado el primer marqués de Albasclaras —uno de los pocos caballeros españoles que acompañaron a San Luis de Francia en la temeraria y romántica aventura de libertar a Jerusalén—; pero si me prometieran resucitarlo a condición de vivir conmigo..., ¡me negaría! Aquel hombre, con sus ideas del siglo XIII, en mi casa del siglo XX, no despertaría admiraciones, sino extrañezas, y estaríamos en pugna siempre. Ni él comprendería nuestras costumbres, ni nosotros comprenderíamos sus entusiasmos..., ¡y acabaría por decirle respetuosamente: nobilísimo antepasado, te adoro, te admiro, te reverencio..., pero ten la bondad de volverte al panteón!

LORENZO.—Son tiempos diferentes.

DON JUANÍN.—Pues igual te digo de tus matrimo-
os: son tiempos diferentes. No los mezcles, Lorenzo,
los mezcles.

LORENZO.—Quizás tengas razón...

DON JUANÍN.—Eso en cuanto a tu propia convenien-
a y a la tranquilidad de tu casa. Y en cuanto al res-
to mismo hacia esa pobre señora, te diré: Lorenzo,
manosees su memoria si te importa el verla siempre
spetada.

LORENZO.—¿Quién se atrevería a rebajarla?

DON JUANÍN.—Tú mismo, invocándola intempesti-
mente. Bien que se forme para las personas amadas
ya desaparecidas una aureola de piadosa estimación,
hablando de ellas más que cuando se hable de un
undo aparte; pero desde el momento en que se las
aterializa para que intervengan a diario en las pe-
ueñas miserias de la vida..., se las empequeñece a
las también, pierden el nimbo de cosas sagradas,
ntran en la comparación rastrera de cosas munda-
as..., y ustedes, que la conocieron mucho, recorda-
án sus grandes cualidades; pero nosotros, que ape-
as la conocimos, no recordaremos sino algún detalle
ue nos llamó la atención: una blusita azul que la

sentaba muy bien, o una blusita encarnada que sentaba muy mal.

LORENZO.—¡¡Don Juanín!!...

DON JUANÍN.—Y para eso, para alabar un sombre o para criticar un vestido, ¡¡no vale la pena de hace los despertar del sueño eterno!!

LORENZO.—¡No me diga usted eso!

DON JUANÍN.—Pues no me fuerces tú a decirl Quieto el pasado, ¡que por algo ya pasó!, y a vivir presente, ¡que por algo nos llama y nos apremi ¡Pero mezclar los dos mundos, no! Que a los de aq no les sirven de nada los de allá, y a los de allá tie que dolerles enormemente el que sin razón muy ser los zarandeen y los profanen los de aquí.

LORENZO.—¡¡Don Juanín!!

DON JUANÍN.—Prevenido estás. Don Juanín ha te minado. *(Mutis por derecha.)*

ESCENA XV

LORENZO; después JUANA, por izquierda.

LORENZO.—*(Un momento pensativo; de pront llama enérgicamente.)*—¡Juana!... ¡Juana! Eso e lo primero de todo. ¡Juana!... ¡¡Juana!!

JUANA.—*(Entrando.)*—¿Señorito?

LORENZO.—¿Sabes las señas de Doña Tránsito? Pues coge el retrato y llévalo inmediatamente.

JUANA.—¿El retrato de la otra? ¡Gracias a Dios que discurren una vez en esta casa! Ay, señorito, no le falte nunca a la señorita, que es muy buena y no se merece esa perrada..., pero de faltarle, siquiera que sea con una moza que lo valga y no con un bote de pintura.

LORENZO.—¡Juana!

JUANA.—¡Voy, voy!... ¡¡Pero con un bote de pintura no, señor!!

(Mutis.)

LORENZO.—Me lo dice a su modo, pero tiene razón también, tiene razón.

ESCENA XVI

LORENZO; por izquierda, CARITA.

CARITA.—¿En qué cuarto ponemos a Caíto?

LORENZO.—En el que tú dispongas. Oye, Cara... A veces las cosas de mejor intención y las palabras más respetuosas para uno, hacen daño a otro.

CARITA.—*(Sorprendida.)*—Lorenzo...

LORENZO.—Y sin querer se hiere y se mortifica a quien uno quiere bien. Eso me pasa ahora a mí contigo, Carita. ¿Me perdonas la torpeza?

CARITA.—*(Echándose en sus brazos.)*—¡Lorenzo!

LORENZO.—¿Qué es eso?

CARITA.—Es una receta que me dieron...

LORENZO.—Ya sé quién: un hombre de talento o una mujer de corazón.

CARITA.—Una mujer: Trinidad.

LORENZO.—Pues se lo agradezco, que mejor contestación no me la podías dar... ¿Despachan más en esa farmacia?

CARITA.—Cuanto quieras.

LORENZO.—¿Y perdonas?

CARITA.—No hablemos de ello, que también tú tienes mucho que dispensarme a mí.

ESCENA XVII

DICHOS. DON JUANÍN, por derecha.

LORENZO.—Yo, nada.

CARITA.—*(Corre a Don Juanín y le abraza.)*—¡Padrino! ¿No me pregunta usted por qué le abrazo?

DON JUANÍN.—¡No! Yo no he preguntado jamás por qué me abrazaron las mujeres. ¡Al contrario! Lo que me pregunto con pena algunas veces es por qué no me abrazan ya, ¡divinos cielos! Y le tengo tanto miedo a la respuesta, que ni yo mismo me atrevo a contestarme.

CARITA.—¿Presumimos, Don Juanín?

DON JUANÍN.—Un poco. Y empiezo ahora; no dirán que es prematuro...

ESCENA XVIII

DICHOS. CAÍTO, por izquierda.

CAÍTO.—¿Quieres que organicemos una excursión en auto, Carita?

DON JUANÍN.—¿Y el auto?

CAÍTO.—El tuyo.

DON JUANÍN.—¡Ah!... Por la manera de ofrecer, creí que te habías comprado alguno.

CAÍTO.—No sé para qué.

DON JUANÍN.—Para nada, es verdad. El mío es nuestro...

CARITA.—También está el de casa.

DON JUANÍN.—No, mujer; pero esta tarde, cuando

tuve la satisfacción de presentarte a Caíto, ya te anticipé que era un taran...

LORENZO.—*(Interrumpiendo ansioso.)*—¡De presentárselo!

DON JUANÍN.—Sí.

LORENZO.—¿Hoy?

DON JUANÍN.—*(Sonriendo.)*—Sí.

LORENZO.—¿Pero hoy?

DON JUANÍN.—Sí... ¿Tan difícil es de entender eso?

LORENZO.—*(Gozoso, abrazándola.)*—¡Ay, Carita!

CAÍTO.—*(Indignado.)*—Pero, ¿qué hace ese hombre? ¡Lo convenido era que la abrazara yo!

DON JUANÍN.—Cálmate... y aprende. Hay que tener mucha paciencia con los maridos.

CARITA.—Hoy le hablé por primera vez en mi vida...

LORENZO.—No podía enojarme porque fuese verdad; pero celebro infinitamente que sea mentira.

CARITA.—*(Yendo a* CAÍTO.*)*—Muchas gracias, Caíto; pero ya es menester que concluya nuestra pequeña farsa.

CAÍTO.—Por mí, no lo deje usted tan pronto...

CARITA.—Es por Lorenzo y por mí. ¡Le debemos un gran bien, padrino!

LORENZO.—Y yo le estoy agradecidísimo, profundamente agradecido...

DON JUANÍN.—Bah... bah... ¿Total, qué? He unido con mucho gusto un matrimonio... ¡Váyase por los que he separado, también con mucho gusto!

CARITA.—¡Padrino!

LORENZO.—¡Don Juanín!

CAÍTO.—¡Tío!

(*Todos a un tiempo.*)

TELON

MANUEL LINARES RIVAS.

Madrid, abril 4-22.

OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES O MAS ACTOS

Aire de fuera, estrenada en el teatro Español.

María Victoria, estrenada en el teatro Español.

La estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.

La divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia.

Añoranzas, estrenada en el teatro Español.

El caballero Lobo, estrenada en el teatro Español.

La fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.

La raza, estrenada en el teatro de la Princesa.

Lady Godiva, estrenada en el teatro Español.

Doña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa.

El Cardenal (en colaboración con D. Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.

La fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.

La espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.

Toninadas, estrenada en el teatro Español.

Las zarzas del camino, estrenada en el teatro Lara.

El conde de Valmoreda (inspirado en una idea de Tolstoï), estrenada en el teatro Odeón.

La Casa de la Troya (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro de la Comedia.

Frente a la vida, estrenada en el teatro Nacional, de La Habana, y Lara, de Madrid.

Almas brujas, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

EN DOS ACTOS

El abolengo, estrenada en el teatro Lara.

La cizaña, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo, en tres actos y refundido en dos, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata, estrenada en el teatro Lara.

El mismo amor, estrenada en el teatro Lara.

Nido de águilas, estrenada en el teatro Lara.

El buen demonio, estrenada en el teatro Lara.

Flor de los pazos, estrenada en el teatro Lara.

Camino adelante, estrenada en el teatro Cervantes.

Como buitres, estrenada en el teatro Cervantes.

La garra, estrenada en el teatro de la Princesa.

Fantasmas, estrenada en el teatro Lara.

Como hormigas, estrenada en el teatro Lara.

En cuerpo y alma, estrenada en el teatro Infanta Isabel.

Cobardías (8.ª edición), estrenada en el teatro Lara.

Cristobalón, estrenada en el teatro Nacional, de La Habana, y Lara, de Madrid.

EN UN ACTO

Porque sí, estrenada en el teatro Español.

Lo posible, estrenada en el teatro Lara.

En cuarto creciente, estrenada en el teatro Lara.

Cuando ellas quieren, estrenada en el Salón Regio.

Lo que engaña la verdad, estrenada en el teatro Español.

Clavito, estrenada en el teatro Cervantes.

La razón de la sinrazón, estrenada en el teatro de la Comedia.

El señor Sócrates, estrenada en el teatro Lara.

El milagro, estrenada en el teatro Lara.

Cada uno a lo suyo, estrenada en el teatro Lara.

Una cosita que se les olvidaba, estrenada en el teatro de la Comedia.

ZARZUELAS

La viuda alegre (en colaboración con D. Federico Reparaz), música de Franz Lehar, estrenada en el teatro Price.

La fragua de Vulcano, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Cuando ellas quieren, música de Calleja, estrenada en el teatro Cómico.

La magia de la vida, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Sangre roja, música de Vives, estrenada en el teatro de Apolo.

Santos e Meigas, música de Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.



SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
PASEO DE SAN VICENTE, 20 MADRID